

los espíritus, y someterlos á sus opiniones, como si la verdad hubiese hablado por su boca. Imperioso, absoluto, no retratando jamas lo que habia dicho ó hecho, qualesquiera que pudiesen ser las conseqüencias, no sufría la menor resistencia. El contradecirle, el combatir sus principios, el censurar su conducta ó sus establecimientos, era á sus ojos el mayor de todos los delitos. Inmediatamente que osaba qualquiera pensar ó hablar de otra manera que él, merecia el anatema; y si llevaba la contradicción hasta pretender estar la razon de su parte, se hacia digno del suplicio. Bolsec, Gentelis, Blandart, Okino, y todos los que se tomaron la licencia de enseñar lo que él no aprobaba, y de añadir ó quitar alguna cosa á su doctrina, solo evitaron la muerte con la fuga. No pudiendo Calvino exterminarlos, los hizo desterrar; y como si no debiesen hallar asilo en ninguna parte desde que no pensaban como él, los persiguió hasta en los lugares en donde se habian retirado. Sabido es el fin desgraciado de Miguel Servet, que pereció en las llamas el año de 1553, en virtud de una sentencia pronunciada por los magistrados de Ginebra, pero dictada por Calvino. Sus errores sobre la Trinidad eran sin duda condenables; pero ¿correspondia á Calvino, á la cabeza de una secta que acusaba á la iglesia Romana de tiranía, porque habia proscrito á los partidarios de las nuevas opiniones, el encender hogueras, y entregar á los verdugos á los que venian con la escritura en la mano como él á enseñar una doctrina diferente de la suya? Lo que apenas se podia creer, si no existiese todavia la prueba de este hecho, es, que con el motivo del suplicio de Servet compuso Calvino un tratado en que vierte toda su erudicion, para mostrar que se puede dar muerte á los hereges. ¿Puede acaso haber derecho para invocar la tolerancia, teniendo tales principios, y poniéndolos en execucion?

La vigilancia de Calvino no se ceñia al gobierno de la iglesia de Ginebra; se extendia á todos los paises en donde se habia recibido su doctrina, y en donde sus discipulos habian hecho prosélitos. Con esta ocasion mantenia correspondencia en la mayor parte de los reynos y repúblicas de Europa, en Francia, en Inglaterra, en Escocia, en Alemania, en Suiza, en Olanda, en los Paises Baxos, y hasta en lo interior del Norte; consultábasele de mil par-

tes, y era propio de su carácter el arreglarlo, el decidirlo todo; siendo suficiente por su actividad, por su comprehension, y por su trabajo continuo, para esta multitud de cuidados y de embarazos. Se puede, pues, asegurar que ha habido pocos hombres cuya vida haya sido mas laboriosa que la suya. Sus costumbres eran puras y aun austeras: se habia casado una vez, y despues de la muerte de su esposa pasó el resto de sus dias en la continencia, sin que sus mayores enemigos le hayan acusado jamas la menor flaqueza: no tuvo otra pasion que la de dominar las conciencias, la qual absorvió todas las demas. Calvino falleció en Ginebra en el mes de Mayo de 1564 á los cincuenta y cinco años de su edad.

ARTICULO IX.

Introduccion del calvinismo en Francia, sus progresos, sus estragos y su estado á fines del siglo décimo-sexto.

Mientras que habia desolado el fanatismo la Alemania en el siglo décimoquinto, y que sectas extravagantes y sanguinarias habian causado en estas comarcas afrentosos estragos, se hallaba libre la Francia de estos vayvenes violentos, y se conservaba en ella la fe con toda su pureza. Velaban los pastores sobre sus rebaños, y las facultades de teología, especialmente la de París, estaban cuidadosas en reprimir todas las novedades en materia de doctrina. Los cismas que se habian levantado entre los papas, y las discordias de los pontífices romanos con los reyes por intereses temporales, habian excitado escándalos, y hecho salir á luz escritos llenos de fuerza contra los abusos de la autoridad espiritual, y contra los males de que eran la causa. Pero en el mas grande ardor de estas querellas habia siempre guardado un justo medio la iglesia de Francia, oponiendo las antiguas reglas y las máximas consagradas por el voto de todos los siglos ilustrados á las empresas de algunos pontífices ambiciosos ó muy zelosos en extender su autoridad, y conservando los sentimientos de respeto y legítima sumision que son debidos á la santa Sede; de modo que esta Iglesia igualmente habia condenado los excesos de los sectarios, y los abusos que servian de pretexto para su rebelion.

Esto no obstante, las guerras de Italia, en las cuales habian tomado tanta parte los papas, los desórdenes de Alexandro VI. y de su corte, que habian presenciado un número tan grande de franceses, el odio que habia jurado Julio II. á la Francia y á Luis XII., aquel monarca tan justamente adorado de su nacion, la parcialidad mas simulada, mas no ménos real, de Leon X., y el dispendio muy magnífico, y la vida muy voluptuosa de este pontífice, habian disminuido en los corazones de muchas personas de todos estados esta veneracion, de que eran el objeto las cabezas de la Iglesia, y los hombres revestidos de las primeras dignidades del sacerdocio, y de la qual algunos quizá se habian aprovechado demasiado. Combatíéndolos, negociando con ellos, exâminando sus máximas de política, sus principios de conducta y las costumbres que reynaban en la corte, se habian acostumbrado insensiblemente á considerarlos, no como los primeros pastores y los vicarios de Jesu-christo, sino como príncipes regulares ocupados en sus intereses, zelosos de su poder, dominados de sus pasiones, y en una palabra semejantes á los demas hombres, cuyas debilidades tenian, y muy freqüentemente los vicios.

Se hallaban en estas disposiciones los ánimos, quando fueron traídos á Francia los libros de Lutero, de Melancton, y de otros corifeos de la reforma; los que excitaron la curiosidad de todos los que se preciaban de cultura y de reflexion fueron leídos con impaciencia, y se encontraron en ellos ideas nuevas é interesantes. Los literatos, que amaban las obras bien escritas, y los filósofos, que se ocupaban en comparar las opiniones de los hombres y en analizarlas, los tomaron por objeto unos de diversion y los otros de exâmen; y como los filósofos y los literatos son rara vez teólogos, las gracias del estilo, el aparato del razonamiento, un cierto ayre de confianza que anuncia indagaciones y diligentes exâmenes, los seducia facilmente, y sobre todo quando se trataba de materias que no habian estudiado, y sobre las cuales no habian hecho unos fundados principios. Estos, pues, fueron los primeros que se dexaron sorprehender de los atractivos de la novedad. Las gentes del mundo, que ordinariamente son superficiales, y distraídas con los negocios ó con las diversiones, aun se hallaban ménos resguardadas contra la seduc-

cion. Por otra parte encontraban en las obras, de que se trata, sus preocupaciones, sus censuras, pedazos de sátira y de gracejo que tenian por razones lo que bastaba para persuadirles que los autores de estas obras eran genios de un orden superior, que solo habian tomado la pluma para destruir las preocupaciones, y para rectificar las ideas del vulgo; y por lo mismo encontró la reforma sus primeros partidarios entre los hombres de letras, y en la clase de las gentes cultivadas con el estudio y con el uso social.

Era imposible que las nuevas opiniones en materia de dogma y de culto permaneciesen reconcentradas en el corto número de los que las habian conocido ó adoptado. Su naturaleza es de esparcirse hácia afuera, y el espíritu del proselitismo está como necesariamente unido al espíritu de novedad. Hay tambien entre los partidarios de los nuevos errores un zelo totalmente diferente de aquel que anima á los discípulos de la verdad; cuyo zelo es inquieto, abrasador, que agita y atormenta su alma, y para los cuales es como una suerte de necesidad comunicar sus pensamientos para dar salida á este fuego que los devora: lo que se executó por algunos miembros de la universidad de París, imbuidos de la nueva doctrina, que principiaron á extenderla en el pueblo, seduciendo cierto número de personas en la capital y en las ciudades vecinas. El rebaño fué por lo pronto poco considerable, porque era necesario esconderse de la vigilancia del gobierno; mas se acrecentó insensiblemente, y se hizo bastante numeroso para celebrar asambleas, en las cuales hablaban los predicantes con el calor y entusiasmo, que son el ordinario efecto del zelo falso. Penetraba en el alma de sus oyentes el fuego de su imaginacion, y todos los que, ya por carácter ó por temperamento eran capaces de estas fuertes impresiones, salian de allí llenos de ardor por lo que llamaban el puro Evangelio, y de animosidad contra los católicos, que miraban como los corruptores de la religion; y haciéndose bien pronto mas atrevidos, fixaron edictos sediciosos, en los cuales trataban al papa de Ante-christo. Esparcieron libelos injuriosos contra el rey, y desafiaron su poder; y provocándole con estos atentados, le obligaron á armarse contra ellos.

Creyó Francisco I. que el verdadero medio de atajar los

progresos del error era valerse de un rigor extremo contra sus sequeles; y de consiguiente ordena al parlamento perseguir sin distincion de nacimiento ni de profesion á todos los que fuesen convencidos de haber abrazado la pretendida reforma. Se les busca, y se les entrega á los tribunales. No era difícil comprobar su delito; léjos de sonrojarse, se vanagloriaban de ello. Se les condena á muerte, y las hogueras fueron encendidas para destruir en Francia una secta que la política de Francisco I. protegía y fomentaba en Alemania. Se quejaban los príncipes protestantes, con los quales estaba ligado este monarca contra Carlos V., de que se tratase en Francia con tanto rigor á unos hombres que no tenían mas delito que pensar sobre la religion, como los reformados de Alemania. A cuyas quejas respondió Francisco I., que habia hecho castigar á sediciosos, á perturbadores del reposo público, y en una palabra á hombres que afectaban desafiar su autoridad, y despreciar las leyes del estado, de las quales era la primera y la mas sagrada la religion nacional. Este príncipe decia la verdad; sin embargo la vigilancia y la severidad de los tribunales que hacian quemar á los hereges, no detenian los progresos de la heregía como esperaban; al contrario se inflamaba cada vez mas el zelo de los reformados con el suplicio de sus hermanos. Se extendia el error de una manera sensible, y hacia todos los dias nuevas conquistas en la capital, en las provincias, en las sociedades sabias, y aun en la corte. Adoptaban los nuevos dogmas curas, religiosos, doctores y gentes literatas, los enseñaban con menor violencia y precaucion, y los persuadian á los magistrados, á los ciudadanos, á los nobles, al pueblo, y á los hombres y mugeres de todas edades y condiciones.

Los protestantes en Francia, por mas que fuese su número, no formaban aun una sociedad regular, estaban entre sí poco unidos, y no tenían aun la mayor parte una creencia fixa y determinada sobre los puntos que los dividian de los católicos. En general sus dictámenes eran los de Lutero y de Melancton, mas no tenían aun teología elemental, ni cuerpo de doctrina que los uniformase en el modo de pensar. Se hallaban, pues, vacilantes entre las diversas opiniones de sus doctores, quando Calvino publicó sus instituciones. Tenemos hecho ver que esta obra era una teología razonada, y reducía á sistema la doctri-

na de los reformadores. Se esparció esta obra, y se recibió con gusto, y se aficionaron á ella los predicadores y los ministros del nuevo Evangelio, y fué su guía, sea en las instrucciones particulares, sea en conferencias públicas, de suerte que la adoptaron todos los protestantes de Francia, y la tomaron por regla de su doctrina.

Habiendo muerto Francisco I., y habiéndole sucedido Henrique II., este nuevo monarca estrechó la execucion de los edictos de proscripcion dados por su padre contra los sectarios de la reforma, cuyo plan abrazaron los parlamentos; las hogueras se levantaron por todas partes; no se hizo gracia á los novatores, y se les abandonó sin piedad al rigor de las leyes. Mas esta severidad solo sirvió para doblar el zelo de los apóstoles de la nueva religion, y el fanatismo de sus discípulos, por cuya razon se acrecentaba su número cada dia en las ciudades y en las campañas. Se principiaron á hacer públicas sus juntas, en las quales oían las instrucciones de sus ministros, y cantaban los salmos de Clemente Marot, retocados y continuados por Teodoro de Beza. Penetró el error hasta los tribunales, é hizo partidarios entre los magistrados; de lo qual instruido Enrique II. quitó el conocimiento de los crímenes de heregía á los tribunales seculares, y lo dió á los jueces eclesiásticos. Ordenó á los gobernadores castigar, sin respeto á la apelacion, á todos los que por sentencia de los jueces eclesiásticos hubiesen sido convencidos de enseñar, ó de profesar la doctrina de los nuevos hereges. Hizo el parlamento de París representaciones al rey relativas á las consecuencias de un nombramiento, que ponía la suerte de los ciudadanos en las manos de los que no tenían por las leyes divinas ni humanas ninguna autoridad en las cosas civiles y temporales. Aflojó por algun tiempo el rigor de las execuciones; pero se encontró medio de avivar el zelo del rey, y de hacerle dar órdenes mas severas y mas apretantes para exterminar los hereges en todo el reyno; llegando asimismo al punto de tener por sospechosos á los parlamentos, como si hubiesen sido favorables á los acusados; lo cierto es, que viendo estas ilustradas asambleas que se multiplicaban las hogueras, sin detener los progresos del error, estaban ménos acalorados en la persecucion de los partidarios de los nuevos dogmas, y pensaban que el verdadero medio de atraerlos á la verdad no era el de entregarlos á las

llamas , sino el de suprimir los abusos que eran la causa , ó el pretexto del cisma , cuyas consecuencias se intentaban prevenir.

Fué herido Enrique II. en medio de las fiestas que celebraba por los casamientos de su hija y de su hermana , y le conduxo al túmulo su herida. Le sucedió su hijo Francisco II. de diez y seis años , príncipe débil de cuerpo y de espíritu , y cuyo reynado duró solo diez y ocho meses. Los príncipes de Lorena con quienes habia casado á su sobrina , la desgraciada María Stuardo , tan célebre por su hermosura , sus imprudencias y sus desgracias , tuvieron la parte principal en el gobierno. Estos los miraban los zelosos católicos como el apoyo de la religion , y las gentes ilustradas como unos ambiciosos que cubrian sus designios , baxo la exterioridad de una inclinacion pura y desinteresada por la fe , á fin de ganar para sus intereses al clero , á los monges y al pueblo. En breve se experimentaron los efectos de su política y de su ambicion. Francisco , duque de Guisa ; y su hermano Luis , cardenal de Lorena , para apoderarse de la autoridad , en perjuicio de los príncipes de la sangre y de los grandes del reyno , que pretendian repartirla con ellos , hicieron despojar de sus cargos , ó renunciar sus empleos á todos los que temian por su crédito ó por su talento ; y para atraerse á los católicos excitaron la actividad de los tribunales muy lentos , segun su modo de pensar , en la execucion de las leyes promulgadas contra los hereges. Por sospechas de favorecerles , ó de seguir la doctrina de los protestantes , se habian arrestado algunos magistrados en el reynado de Henrique II. Hicieron los Guisas volver á tomar este asunto con un calor extremo , para vengar la muerte de un presidente zeloso católico , muerto de un pistoletazo á la salida de palacio , cuyo crimen se imputaba á los protestantes , y fué condenado á muerte , como calvinista , Anne de Bourg , diácono y consejero del parlamento.

Semejantes golpes hicieron comprehender á los reformados que no debian esperar sino tratamientos ignominiosos y crueles , mientras que estuviesen á la frente del gobierno los príncipes de Lorena ; resolvieron , pues , sacar al rey de sus manos , en las quales pretendian estaba cautivo , para restituir su persona y su autoridad á los príncipes de la sangre , Antonio de Borbon , rey de Navarra ,

y Luis , príncipe de Condé , á cuyo proyecto se dió el nombre de conjuracion de Amboisa , de la qual era la cabeza secreta el príncipe de Condé , que solo esperaba ocasion favorable para declararse ; mas el suceso fué desgraciado , y descubierta la conjuracion , costó la vida á una infinidad de personas , que inmolaron á su venganza los Guisas , gloriándose de no hacer tantos sacrificios , sino para la seguridad del estado. Esta empresa , de la qual conocian bien eran el único objeto , aumentó su odio contra los protestantes , á quienes la atribuian , lo que fué un nuevo pretexto para no perdonarles. El mismo príncipe de Condé fué arrestado , como enemigo del rey y del estado. Se le hizo su proceso , y hallándole culpable , en el momento se vió aumentar el número de víctimas que los Guisas sacrificaban á su ambicion ; lo que se hubiera executado , si hubiera vivido algunas horas mas Francisco II. El proceso estaba formado , solo se trataba de firmar la sentencia , y sin duda no hubiera sido diferida la execucion , si hubieran aun tenido los Guisas el poder de ordenarla ; mas todo lo mudó la muerte del rey , y el partido calvinista conservó una cabeza mas decidida que nunca , para sostenerle fuertemente con el motivo de vengar sus propias injurias.

La minoridad de Carlos IX. , hermano y sucesor de Francisco II. , fué un tiempo de confusion y de discordias. Encerraba en su seno la Francia dos partidos poderosos é irreconciliables , y ambos armados para la defensa de la religion ; el uno apoyado por las leyes , y sostenido por el poder soberano , y el otro animado por el fanatismo , y determinado á emprenderlo todo para evitar los suplicios y la infamia. Catalina de Medicis , madre del jóven rey , y regente del reyno , quiso señalar los primeros dias de su gobierno con actos de clemencia. Hizo publicar edictos relativos al restablecimiento de la paz. Se abolió lo pasado ; se concedió un perdon general á todos los culpados ; se permitió á los que se habian refugiado en paises extráños por causa de religion volver á su patria ; se exhortó á los católicos y á los protestantes á vivir como buenos ciudadanos , sin emprender cosa alguna los unos contra los otros , y sin provocarse mutuamente con los nombres injuriosos de papistas y de hugonotes ; se moderó el zelo de los tribunales en la pesquisa y castigo de los hereges , y se or-

denó á los jueces reales de no pronunciar sino la pena de destierro contra los que fuesen bastante culpables para merecer el castigo.

Tomó la corte estos medios suaves para lograr la calma de los espíritus, y para apagar un fuego que amenazaba abrasar á todo el reyno; creyendo que uno de los medios propios para procurar la reconciliacion, era de conceder á los protestantes públicas y libres conferencias, en las quales sus teólogos y los de los católicos disputasen entre sí sobre los puntos contestados, y expusiesen moderadamente y sin actitud sus pruebas y sus objeciones. El cardenal de Tournon, hombre sabio, y que conocia la disposicion de los ánimos, hizo quanto pudo para embazarar las conferencias, cuya inutilidad y aun el peligro preveía. Mas el cardenal de Corena, que debía arengar por los católicos, y que deseaba hacer brillar su eloqüencia, obligó á la regente á dar á los protestantes la satisfaccion que pedian. La pequeña ciudad de Poissi fué el lugar señalado para tener esta junta, cuyo dia estaba fixado para el quatro de Septiembre de 1561. Quedó el papa muy temeroso de esta asamblea, porque recelaba que se tomasen en ella resoluciones contrarias al bien de la religion y á los intereses de la santa Sede; cuyas inquietudes le determinaron á enviar el cardenal de Est con el título de legado. Se hallaron allí, ademas de este prelado, seis cardenales franceses, quarenta obispos, y un gran número de teólogos de un mérito muy universalmente conocido. De parte de los protestantes vinieron doce ministros, escogidos entre los hombres mas hábiles y de mas fama en su secta, y veinte y dos diputados de las iglesias reformadas, á cuya frente estaba Teodoro de Beza; el qual tenia genio, eloqüencia, literatura, nobleza de sangre, figura agradable, facilidad de explicarse, y en fin las qualidades y todo el talento que merecian la confianza de su partido. La presencia del rey y de la Reyna regente, de los grandes oficiales, de los principales señores y de toda la corte hacia esta asamblea una de las mas célebres y de las mas numerosas que se habian visto desde largo tiempo.

El jóven rey habló el primero, y dixo en pocas palabras, que era el objeto de la asamblea buscar los medios de aquietar en el reyno las turbaciones que habia excitado la diferencia de opiniones, y de restablecer la union

entre sus vasallos. El canceller Miguel del Hospital, el mas grande magistrado y el mejor ciudadano de su siglo, explicó mas largamente las intenciones del rey, manifestó quanto habia perdido la Francia de su consideracion con los extraños, y de su prosperidad con los propios, desde el origen de las discordias de religion, y exhortó los dos partidos á la moderacion y á la paz. En seguida se dió á Teodoro de Beza, á quien habian elegido los protestantes para defender su causa, la libertad de hablar, lo que executó con todo el arte posible y toda la eloqüencia que le era natural: sin embargo, aunque se habia preparado para no adelantar cosa alguna que pudiese dañarle, y que fuese uno de sus talentos saber perfectamente poseerse en la disputa, se le escaparon expresiones que sublevaron á todos, especialmente hablando de la Eucaristía. Dixo absolutamente que Jesu-christo estaba tan léjos de la cena, como está el cielo apartado de la tierra, cuya proposicion se miró como una blasfemia. Los obispos se indignaron, y el cardenal de Tournon dixo al rey, que los prelados no habian concurrido á esta conferencia sino con una extrema repugnancia, y únicamente para obedecer las órdenes de su magestad; previendo bien que los defensores de la nueva religion dirian muchas cosas que no se podrian oír sin horror. Hizo Teodoro de Beza quanto pudo para corregir y suavizar las expresiones á que le habia arrastrado una sinceridad, contra la qual no habia tomado bastante precaucion; mas no fué posible borrar la impresion que habian hecho en toda la asamblea.

Respondió el cardenal de Lorena al orador de los protestantes con un discurso muy sólido y muy luminoso, y reduxo la cuestión á dos puntos, á la autoridad de la Iglesia y á la Eucaristía. En efecto la autoridad de la Iglesia era un principio general, que trastornaba por su establecimiento todas las nuevas sociedades, y entre los artículos controvertidos, ninguno era mas esencial que el de la Eucaristía. Estableció el cardenal sobre uno y otro objeto la fé católica con pruebas claras, incontestables, y presentadas de manera que no podian dexar de herir á todos los que no estaban ciegos en sus preocupaciones. Aplaudieron su discurso todos los demás prelados, y protestaron que querian morir y vivir en la fe que acababa de explicar. Pero no se llenaba el objeto de la conferencia con

arengas estudiadas; consistia el punto esencial en que por una y otra parte se expusiese su doctrina en términos claros, precisos, y sin ambigüedad y disimulacion; y era este el camino por donde querian conducir á los ministros reformados los teólogos católicos. Fueron pues aquellos obligados á presentar su profesion de fe; mas lejos de darla como se deseaba, la expusieron de una manera capciosa, enmarañada, llena de equívocos y de falsas sutilezas: en todo se conocia su embarazo, y se percibia en cada artículo de este escrito, que temian á un mismo tiempo decir demasiado, y no decir bastante. Al contrario, la de los católicos era clara, precisa, y desembarazada de toda expresion obscura, y capaz de muchos sentidos. Los reformados se negaron á subscribirla, y de consiguiente se separó la asamblea sin haber nada hecho para la reunion de los espíritus; y este famoso coloquio que habian solicitado con tanta viveza los reformados de Francia, no sirvió, como el cardenal de Tournon lo habia previsto, sino para hacerlos mas vanos y mas contumaces.

Despues del coloquio de Poissi, hallándose los ánimos mas encendidos que nunca, mas enagenados los corazones, y los dos partidos mas descontentos el uno del otro, todo anunciaba á la Francia las desgracias en que iba á ser sepultada. Estaba dividida la corte en dos facciones; formaban la primera el duque de Guisa, el condestable de Montmorenci, y el mariscal de san Andres, á la que llamaban el Triunvirato, y de cuyo partido eran los católicos. El príncipe de Condé, y todos aquellos á quienes era odiosa la dominacion de los Guisas, componian la segunda, y de este número eran los protestantes. Estaba París continuamente agitado con movimientos sediciosos, y no se encontraban en las calles y en otros lugares que los ciudadanos de una misma ciudad frecuentaban, sin amenazarse á la menor ojeada, y el odio de los corazones estaba pintado en los semblantes de los católicos y reformados; y las provincias no se hallaban en estado mas tranquilo, en donde se vivia con la misma desconfianza, y con el mismo deseo de oprimir al partido contrario al suyo. Expedia edictos la corte, en que intentaba reunir tantos intereses conciliables, con los cuales, es cosa rara, ambos partidos estaban descontentos. Veian con pesar los católicos, que se concediese á

los protestantes el libre ejercicio de su religion; y estos miraban como un tormento insoportable y vergonzoso las precauciones que habia tomado el gobierno para impedir á sus juntas el degenerar en conventículos sediciosos. En estas circunstancias un encuentro excitó algunas discordias entre las gentes del duque de Guisa, que pasaban por Varsi, pequeña ciudad de Champaña, y varios calvinistas que iban á predicar. Comenzó por injurias, y se vino despues á las manos. Queriendo el duque sosegar el tumulto, fué herido, con lo que sus gentes se enfurecieron é hirieron sin consideracion. Quedaron muertas mas de sesenta personas, y mas de doscientas heridas. Se da el nombre de matanza á esta aventura, ocasionada por el solo azar, y se la pinta con los mas afrentosos colores, de que se aprovecharon los protestantes y los enemigos del duque de Guisa para representar á él y á los suyos como tiranos, que solo respiraban sangre y carnicería, y pidieron satisfaccion, mas no la obtuvieron. Pretendia la corte contener á los dos partidos; pero aun queria mas mantener el de los protestantes en el miedo y en la dependencia; mas percibiendo este partido sus fuerzas, resolvió hacerse justicia, y con pretexto de defenderse, se puso en estado de atacar, tomó las armas, y comenzó la guerra civil.

Tal era el estado deplorable de la Francia, quando se puso á la cabeza de los protestantes el príncipe de Condé en 1563, con el título de protector y defensor del reyno. Desde esta época hasta el año de 1570 no hubo sino combates, tratados, rupturas y edictos de pacificacion, quebrantados tanto por la corte, como por los protestantes, nada estable, nada cierto, sino desgracias y delitos. Se puede ver en las obras de los que escribieron la historia de estos tiempos infaustos todos los males que desolaban la Francia, y todas las atrocidades que fueron cometidas, cuya descripcion no abraza nuestro plan. Despues de la batalla de Jarnac, ganada por el duque de Anjou, que fué despues Henrique III., y en la qual fué muerto el príncipe de Condé, se hizo una nueva paz, por la qual los protestantes, aunque vencidos, obtuvieron la confirmacion de todos los edictos, que habian ya sido publicados en su favor, y quatro ciudades en garantía, para la seguridad de las condiciones ventajosas